

ser tratado por el rico. Así verás fácilmente cuántos medios te suministra esta sola diligencia para el socorro de los pobres. Si yo fuera pobre, no necesitaba de tantos platos en mi mesa; pudiera pasar muy bien y sin indecencia en mi trato, sin estos muebles que he comprado solo por seguir la moda. ¿Cuántas cosas tengo en mi casa que son de puro lujo, de ninguna utilidad, y que si se quiebran ó se rompen me causan un grave sentimiento? ¿Y no estaría mejor empleado todo esto en manos de los pobres? ¿No tendría yo la dulce satisfacción de haberlos socorrido, y haberme ahorrado un disgusto, que será mucho mayor que el simple placer de poseerlo? ¿Qué utilidad me trae, por ejemplo, este grandioso espejo que me costó tantos doblones, y que por un leve acaso puede hacerse mil añicos? ¿No me sería mejor haber empleado su importe en remediar á algunos pobres que hoy y siempre rogarían á Dios por mí, y tendría yo el consuelo de haber hecho una acción tan meritoria, y de que jamás debiera arrepentirme? ¿Pensaré del mismo modo á la hora de mi muerte cuando haya de dejar por fuerza todas mis riquezas?

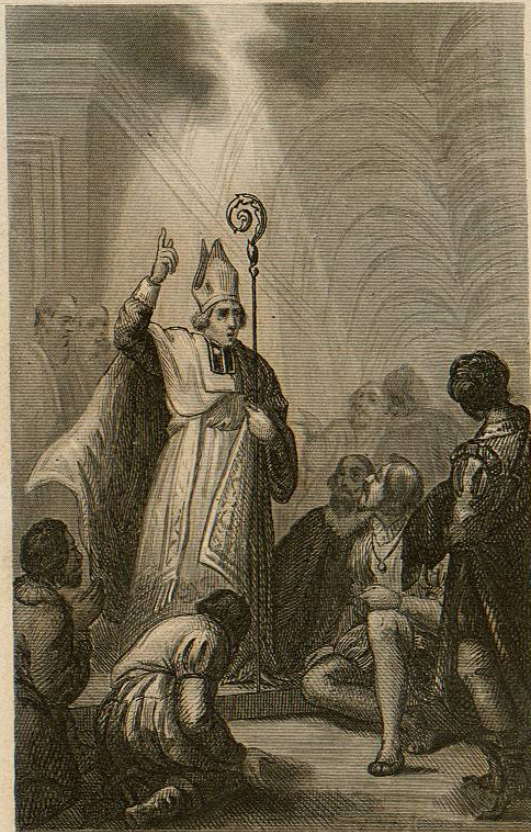
---

DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN FRANCISCO DE SALES,

OBISPO Y CONFESOR.

San Francisco de Sales, ilustrísimo por su nacimiento, como hijo de una de las mas nobles y mas antiguas casas de Saboya, celeberrimo por su piedad y por su celo, apóstol de estos últimos tiempos, uno de los mas bellos ornamentos de la dignidad episco-



S. FRANCISCO DE SALES.

pal, y uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en el castillo de Sales del ducado de Saboya el dia 21 de agosto del año 1567.

La condesa su madre, que era de la ilustre casa de Sionas, quiso encargarse por sí misma del cuidado de su primera educacion, y de formarle en la virtud desde sus primeros años. Las buenas disposiciones del hijo hicieron desde luego eficaces los piadosos desvelos de la madre. En su niñez, no gustaba de otros entretenimientos que de aquellas devociones serias que son propias de la edad mas adelantada y mas madura. La compasiva ternura con que miraba á los pobres en una edad tan poco sensible á las miserias ajenas, fué un presagio de la extraordinaria caridad que habia de tener despues. No se contentaba con repartir entre ellos cuanto le daban á él para sus inocentes juegos, sino que en no teniendo otra cosa que darles, se quitaba algo de su propia comida para socorrerlos.

Los progresos que hizo en las ciencias correspondieron á los que ya habia hecho en la virtud. Era de ingenio vivo, sólido, penetrante, claro y naturalmente culto y despejado; poseia una elocuencia nada comun, y estaba dotado de una memoria feliz. Estos grandes talentos le hicieron despues uno de los mas sabios y de los mas santos prelados de la Iglesia.

Enviáronle sus padres á París al colegio de los padres de la compañía de Jesus, que le recibieron manifestándole aquel buen concepto que se formaba de él en cualquiera parte donde se presentase. Estudió filosofía y teología, siendo su maestro el sabio padre Maldonato, y aprendió las lenguas hebrea y griega, enseñándose las el famoso Genebrardo.

Pero aunque adelantaba mucho en todas estas ciencias, adelantaba mucho mas en la importantísima de la salvacion. El único descanso que tenia

para respirar de las tareas del estudio era entregarse á ejercicios de virtud ; tanto, que ya desde entonces fué menester tirar de la rienda á su fervor.

Considerando los grandes medios que hay en las congregaciones de la santísima Virgen erigidas en los colegios de los padres jesuitas, no solo para conservar la inocencia, sino para hacer grandes progresos en la perfeccion, quiso entrar en una de ellas. Por su piedad fué en breve el primero entre aquella juventud edificativa ; y no es fácil decir el mucho provecho que produjeron sus buenos ejemplos. Comulgaba cada ocho dias ; tres en la semana traía cilicio ; y queriendo consagrarse á Dios mas perfectamente , hizo voto de perpetua castidad delante de una imagen de la santísima Virgen en la iglesia de san Estévan.

No podia sufrir el enemigo comun tanta inocencia y tanto fervor en un jóven de tan tierna edad, y le acometió con una tentacion que era la mas capaz de trastornarle. Sugirióle con la mayor viveza que en vano se fatigaba, puesto que era del número de los precitos, y que así, hiciese lo que hiciese, infaliblemente se condenaria. El horror del infierno, el considerarse en el infeliz estado de los réprobos, el espanto y turbacion que esto le causó, le llenó de una melancolía tan profunda, que poco á poco le iba consumiendo ; hasta que fijando un dia los ojos en un retrato de la santísima Virgen, la dijo con extraordinario fervor y ternura : Señora, si es tanta mi desdicha que he de ser condenado, y he de estar en la desgracia de mi Dios despues de mi muerte, á lo menos quiero tener el consuelo de amarle con todo mi corazon por todos los dias de mi vida. Esta oracion tan devota y tan ajena de los sentimientos que suele tener una alma réproba, disipó las nubes, confundió al demonio y restituyó la tranquilidad á su corazon.

Habiendo acabado sus estudios en París, pasó de órden de sus padres á la ciudad de Padua á estudiar en aquella célebre universidad la jurisprudencia, bajo el magisterio del famoso Pancirola. Escogió luego por director de su conciencia al padre Posevino ; y conociendo este insigne jesuita en aquel jóven un corazon segun el corazon de Dios, se aplicó con el mayor empeño á proporcionarle, disponerle y habilitarle para las grandes empresas á que concibió tenia Dios destinada aquella alma verdaderamente grande.

Envidiosos los condiscipulos del joven conde de la universal estimacion que se habia adquirido, probaron tentar su virtud, y armaron á su pureza un terrible lazo. Con cierto honrado pretexto que fingieron, le llevaron á casa de una dama cortesana, que á los principios se fingió muy virtuosa y muy devota, y le dejaron solo con ella. Lidió algun tiempo contra sus artificios y contra su desenvoltura, y fué tan violento el combate, que al fin no tuvo otro medio para salir del peligro, que tirarla á la cara un tizon que encontró á mano, y tomar la escalera con precipitada fuga. Hizole mas circunspecto esta victoria ; y renunciando desde luego las malas compañías de la gente jóven, redobló sus penitencias.

Al volverse á Saboya quiso visitar la santa casa de Loreto, y en aquella celestial capilla recibió tales favores, y experimentó su alma tales consuelos en premio de la ternísima devocion que profesaba á la santísima Virgen, que no siendo fácil imaginarlos, lo es mucho menos referirlos. Renovó en ella el voto de perpetua castidad que habia hecho en París, y la resolucion que ya tenia tomada desde Padua de abrazar el estado eclesiástico, como lo ejecutó luego que llegó á Anecy. Vacó por entonces la dignidad de preboste en la iglesia catedral, y fué provisto á ella á pesar de su humilde repugnancia. Ordenado de sacerdote solo

pensó en desempeñar con el mayor fervor las obligaciones de su dignidad y de su ministerio.

Era obispo de aquella iglesia Claudio Granier, que amaba tiernamente á Francisco, y le miraba ya como á su sucesor. Mandóle que predicase; y lo hizo con tanto espíritu y con tanta eficacia, que lozró por fruto de su primer sermón trescientas conversiones grandes y ruidosas.

No es ponderable el gusto con que le oían, ni el fervor y la eficacia con que predicaba. Era voz comun que no habia obstinacion tan empedernida que pudiese resistir á su devocion en el altar, ni á su elocuencia en el púlpito. Andaba sin cesar de aldea en aldea y de choza en choza, instruyendo á innumerables pobres rústicos é ignorantes que vivían en el cristianismo casi sin conocerle; y sus primeras excursiones apostólicas ganaron tantas almas para Jesucristo, que así el obispo de Ginebra como el duque de Saboya le hicieron misionero del Chablais, no dudando que habia de ser su apóstol.

Luego que Francisco recibió su mision, marchá á buscar al enemigo, y sin acobardarle estorbos, trabajos ni peligros, fué á atacar á la herejía hasta en sus mismas trincheras. A vista de las iglesias arruinadas, de los monasterios asolados y de las cruces echadas por tierra, se derritió su ternura, y se dobló el aliento de su celo. Llenó de aquella santa intrepidez, y de aquella confianza que hacen el carácter de los héroes cristianos, entró por Tonon despreciando generosamente las befas, las irrisiones y los insultos de los protestantes. La paciencia, la modestia y la dulzura fueron las únicas armas de que se valió para resistir á los escarnios y á la malignidad de aquel furioso pueblo. Con esta moderacion y con los ejemplos de su vivísima virtud, se fueron domesticando aquellos ánimos feroces y aquellos corazones apóstatas. Habla,

y convence, y mueve; óyenle, y se convierten. Pónese en conmocion todo el partido protestante, y resuelven los ministros deshacerse de él. Avisado Francisco de sus intentos, no por eso se acobardó, antes bien se mostró mucho mas celoso, y con sola su presencia desarmó á los asesinos que iban á matarle. Cerráronle las posadas, y fuése á dormir al campo. A las violencias sucedieron las calumnias; divulgaron de él que era mago, hechicero y brujo, adelantando que le habian visto en las juntas nocturnas que se dice celebran estos en el sábado, danzando al rededor del demonio; pero nuestro santo desarmó á todo el infierno con su confianza en Dios y con su paciencia.

Teniendo noticia el baron de Hermance de las conspiraciones que se fraguaban contra su vida, quiso darle una escolta para su defensa; pero Francisco no la admitió, diciendo que habia entrado en el Chablais como misionero, y como tal se habia de mantener en él. No pocas veces se veía en medio de la ciudad tan solo como si estuviera en el desierto, por las rigurosas penas con que los protestantes habian prohibido acompañarle, recogerle ni escucharle; pero no por eso dejaba de venir todos los dias á Tonon desde Alinges. Ni las lluvias, ni las nieves, ni los yelos, ni los vientos mas furiosos fueron nunca bastantes para estorbarle que se pusiese en camino. Algunas veces le pasaba el frio de manera, que se quedaba casi inmóvil, y se veía en peligro de morir; pero nada de esto era capaz de reprimir ni aun de moderar su celo. Pasa noches enteras expuesto á la lluvia y al rigor de todos los temporales. Atraviesa arrastrando por un estrecho madero todo cubierto de yelo, para ir á enseñar á unos pobres paisanos recién convertidos que estaban de la otra parte de un arroyo bastante profundo. Ningun peligro le detiene, ningun riesgo le acobarda, todos los arrostra por la salvacion de aquel obstinado

pueblo. De esta manera fueron excesivos sus trabajos; pero tambien fueron inmensas sus conquistas. Volvieron á entrar en el seno de la Iglesia los bai- liages de Gex, de Ternier y de Gaillard; todo el Cha- blais se convirtió, porque no habia resistencia ni á la fuerza de sus discursos, ni á la virtud de sus ejemplos. Y, por un milagro evidente en que andaba visible el dedo poderoso de Dios, aquel cordero ro- deado de lobos, en manifiesto peligro de ser despe- dazado por ellos, con su prudencia, con su manse- dumbre y con su piedad, convirtió á los mismos lobos en corderos.

Tuvo varias controversias; ocho ó diez veces ofre- ció disputar ó conferenciar con los sacerdotes pro- testantes sobre los puntos contestados: pero estuvie- ron tan lejos de aceptar la conferencia, que buscaron nuevos asesinos para quitarle la vida.

Extendióse por todas las cortes la fama de estas maravillas. Escribióle el papa un breve en que despues de haberse congratulado con él por los éxitos felices que lograba, le daba orden que pasase á Ginebra á conferenciar con Teodoro Beza. Recibióle aquel fa- moso apóstata con grande honra, oyóle con gusto: confesóse convencido de sus razones, fué conmovido hasta derramar lágrimas; pero no se convirtió, por- que dilató demasiado el convertirse: y despues de haber hecho á nuestro santo las mas bellas promesas, Beza murió apóstata en Ginebra.

Habia solo dos ó tres años que predicaba en el Chablais, y todo el Chablais estaba convertido. Vol- viéronse á levantar las cruces en todo el pais, reedifi- cáronse las iglesias, restablecióse el culto divino, y todo esto era fruto de los trabajos apostólicos de nuestro Francisco. Cuando entró el santo en Tonon no habia mas que siete católicos en toda la ciudad, y ya pasaban de seis mil los nuevamente convertidos

dentro de ella. En los bai liages de Ternier, de Gail- lard y de Gex se contaban mas de sesenta y dos mil. Esto hizo decir al célebre cardenal del Perron que, como no le pidiesen mas que convencer á los hugo- notes, él se obligaba á hacerlo; pero que si se trataba de convertirlos, era menester enviarles á Francisco de Sales.

Ciertamente apenas se puede comprender como un hombre solo y en tan poco tiempo pudo hacer tantas maravillas, sin rendirse al peso de tantos trabajos. Predicaba muchas veces al dia, daba instrucciones particulares, tenia conferencias públicas, visitaba á los enfermos, buscaba á la gente mas pobre y mas desamparada en sus cabañas y en sus chozas, oia confesiones hasta muy entrada la noche, administraba los sacramentos á los moribundos, asistia á los en- tierros; en fin, á ningun oficio perdonaba su cuidado, á todo se extendia su celo; y media su caridad con las necesidades, y no con la calidad de las personas, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos.

Tal era san Francisco de Sales cuando el obispo de Ginebra le deseó y le pidió para su coadjutor. Lo único que hubo que vencer fué la resistencia del santo; però al fin le obligaron á obedecer, y se vió precisado á ir á Roma. Recibióle el papa Clemente VII como apóstol del Chablais; admiróle como á uno de los prelados mas sabios de su tiempo, y le honró como á uno de los mayores santos que habia entonces en la Iglesia. Asistió el mismo pontífice á su exámen; y habiendo sido testigo de sus extraordinarios talentos, se levantó de su silla, abrazóle tiernamente, y le dijo estas mis- teriosas palabras de la sagrada escritura: *Bebe, hijo mio, de las aguas de tu cisterna, y de la fuente de tu co- razon; y haz que la abundancia de tus aguas se derrame por todas las plazas públicas, para que todos puedan beber y saciar su sed.* Declaróle despues el papa por

obispo de Nicópolis, coadjutor y sucesor del obispo de Ginebra.

Apenas volvió Francisco á Saboya, cuando los negocios de la Religion le precisaron á pasar á Paris. Allí fué recibido de Enrique IV y de toda la corte, con aquel respeto y con aquella veneracion que sigue á la virtud, y acompaña siempre á la santidad. La estimacion y la confianza con que el rey le trató, y los públicos testimonios que dió de ella, fueron ocasion de que le levantasen una calumnia. Pretendieron hacerle sospechoso con el rey; pero presto se justificó plenamente, y la malignidad de los envidiosos solo sirvió para que creciese el amor y el concepto que ya tenia aquel monarca de san Francisco de Sales. Ofrecióle el rey beneficios y pensiones, y llegó á brindarle con el obispado de Paris; pero todo lo agradeció cortesanaamente, y todo lo renunció con noble desinterés. Esta generosa prenda, su piedad, su dulzura, y sus gratísimas modales encantaron á toda la corte. Predicó delante de ella; pero ¡con qué felicidad, con qué éxito! Las maravillosas conversiones que logró fueron fruto de los asombrosos ejemplos que dió en todo. Consiguió decreto del rey para que se volviese á establecer la religion católica en el bailiage de Gex, cuya solicitud habia sido el principal motivo de su viaje á la corte.

Quando volvía á su iglesia recibió en el camino la noticia de la muerte de su predecesor. Preparóse para su consagracion con algunos dias de retiro, y en aquella augusta ceremonia recibió con la plenitud del sacerdocio la plenitud del espíritu de Dios.

El nuevo carácter añadió nuevo lustre á su virtud. Quiso visitar desde luego su obispado, é hizo á pié toda la visita. No hubo choza, ni tan escondida en los valles, ni tan elevada en los riscos, que se huyese á las fervorosas fatigas de su celo. Pasó por medio de la

ciudad de Ginebra á cara descubierta, sin esconderse ni disimularse. Fué árbitro de todas las contiendas. ¡Con qué prudencia, con qué felicidad manejó los importantísimos negocios que le encomendaron los sumos pontífices! Como ángel de paz, ajustó las disensiones que habia entre el archiduque y el clero del Franco Condado; como legado de la santa sede, reformó las abadías de Taloires, de Abundancia; de Puitdorbe, de santa Catalina y de Six; como buen pastor, apacentó sus ovejas con el pan de la divina palabra, y expuso cien y cien veces su vida por su salvacion, mereciendo mil bendiciones del cielo para toda su diócesis.

Crecia por instantes su fama. Los príncipes se competian unos á otros en darle los mas ilustres testimonios de su alta estimacion. No quiso admitir muchas ricas abadías con que le brindó Enrique IV, y renunció el capelo de cardenal que le ofreció Leon XI. Paulo V le mandó que dijese su sentir sobre la famosa controversia de *Auxiliis*. De todas partes le consultan como á oráculo de su siglo; y lo que parecería increíble, si la experiencia no hubiera mostrado lo contrario, esta multitud de ocupaciones tan graves, que las menores bastarian para rendir el celo de los mas infatigables prelados, no le estorbaron predicar muchas cuaresmas en Anecy, en Grenoble, en Chamberi, ni retirarse todos los años á ejercicios al colegio de la compañía de Jesus.

Al mismo tiempo que el santo obispo comunicaba á todas partes los ardores de su celo, tuvo noticia de que le habian acusado ante su santidad de poco vigilante en desterrar de su obispado los libros heréticos ó de doctrina sospechosa, suponiendo que eran buscados con solicitud y leídos con pernicioso curiosidad por los católicos nuevamente convertidos. Y aquel santo, todo mansedumbre, que hasta entonces